

Hernando de Talavera, *Invectivas o reprehensiones contra el médico rudo y parlero (Petrarca, Invective contra medicum)*, ed. crítica, intr. y notas de Andrea Baldissera, Como/Pavia, Ibis, 2017.

En el siglo XIV Petrarca compuso un opúsculo en latín titulado *Invective contra medicum*, una dura andanada –con su pizca de ridiculización y su bilis reconcentrada– contra el arquiatra del papa Clemente VI, un médico envanecido que pretendía hablar con autoridad de asuntos desconocidos y marginaba a los poetas. No es, por tanto, un libro contra la medicina ni contra los buenos médicos, sino contra quien ignora los fundamentos de la ciencia médica y se adentra en terrenos inciertos: «Estas cosas non son dichas contra la medicina –comenta Petrarca–, nin contra los médicos excelentes que non se deben ensañar si, como siempre pocos, en nuestra edad sean muy raros; mas son dichas contra ti, y por semejante contra los desacordados locos» (pág. 55).

La celebridad del autor del *Canzoniere* rápidamente inundó el pensamiento europeo y sus obras latinas se tradujeron a lenguas vernáculas, empezando naturalmente por el italiano: *De vita solitaria*, *Secretum*, *De remediis utriusque fortunae*... «La fuerza de atracción de Petrarca –explica en la introducción Andrea Baldissera– consistía en su riguroso programa cultural de estudios humanistas, no exento de la aspiración a una vida cristianamente filosófica, en la coherencia de su proyecto moral-existencial e intelectual, y en su infinita erudición y cultura, que casi le convertía –según decía Burckhardt– en “una personificación de la antigüedad”» (pág. 11).

Para Baldissera, el poeta de Arezzo abordó aquí «la defensa de las artes liberales en contra de las mecánicas, la reivindicación de la nobleza de la postura cristiana frente al pensamiento herético del aristotelismo averroísta (y de sus peligrosas proposiciones heterodoxas); pero, también, por supuesto, la apología de la moralidad del método humanista y la defensa de la retórica y la poesía (aplicadas a temas sustanciales como fuentes del verdadero saber)» (pág. 12). Y asedió también otros aspectos de su interés, como el de la dignificación «de la vida solitaria», asunto al que le dedica varios capítulos. En el pensamiento de Petrarca, la dialéctica no puede resolver los conflictos de la existencia humana; la medicina, como arte mecánica, disciplina que se dedica a paliar las debilidades corporales, no puede representar una guía espiritual; en cambio, la poesía, como vía de exploración del mundo, puede ser de gran utilidad para buscar el camino de salvación del alma.

Fue seguramente a mediados del siglo siguiente cuando un joven Hernando de Talavera, mientras se formaba en la Universidad de Salamanca, vertió al castellano este opúsculo para practicar con la lengua de Petrarca y acercarse a su pensamiento humanístico: «Vime, noble señor –reconoce Talavera en las líneas preliminares dirigidas a su destinatario–, tan obligado a la ejecución irrevocable de vuestro mandamiento, no menos por favorecer a tan glorioso desseo que por antigua criança e beneficios, que, olvidada la flaqueza de mis fuerças y menor facultad que la cosa requiría, puse lugo en efecto la obra más difícil que prolixa; la cual me es ensayo e experiencia de trabajo no pequeño que en la otra suya mucho mayor (*De remedios*, conviene a saber, *de prospera e adversa fortuna*) me mandáis tomar, el cual no recuso» (pág. 41). Talavera, futuro arzobispo de Granada, advirtió rápidamente que detrás de esta reprehensión contra el médico «hay algo más, y que las *Invective contra medicum* constituyen una síntesis modélica del pensamiento y la personalidad del escritor y filólogo italiano» (pág. 12). Si acaso la emprendió, nunca culminó la tarea de traducir el *De remediis* de Petrarca (lo hizo más tarde Francisco de Madrid, cuya versión se acabó imprimiendo en 1510).

La traducción de Talavera ha caído afortunadamente en manos de uno de los principales expertos en edición crítica y traducción medieval (generalmente de fuentes latinas) del panorama de la actual Filología. Los trabajos de Andrea Baldissera, Catedrático de la Università del Piemonte Orientale, se caracterizan por su rigor y pulcritud desde el punto de vista crítico y hermenéutico. Cada una de sus ediciones comprende un vademécum práctico de cómo hay que emprender una fijación textual, establecer un aparato crítico y realizar un ejercicio de anotación; quizá el mejor ejemplo sea su monumental edición crítica del *Libros de los exemplos por A.B.C.* de Clemente Sánchez, publicado en 2005, fruto de un minucioso trabajo que se inició con su tesis doctoral (las elogiosas reseñas de autoridades en la materia como Marguerita Morreale o M.^a Jesús Lacarra son fehacientes muestras de su cuidadosa labor crítica y editorial); pero también sobresalen otros como la edición del *Por Marcelo* (traducción castellana que Alonso de Cartagena elaboró del texto de Cicerón) o la *Exhortación de la paz* de Diego de Valera, por solo citar algunos más. De su interés por la ecdótica, es preciso dar cuenta de la traducción que, junto a Rafael Bonilla Cerezo, realizó en 2012 de la *Textkritik* de Paul Maas: un bello ejemplo de difusión de las teorías de uno de los eruditos latinistas más prestigiosos, fundador, junto a Lachmann, de los principios de la crítica textual.

De las *Invectivas o reprehensiones contra el médico rudo y parlero* se conserva un *codex unicus* que atesora la Biblioteca Nacional de España, del que Baldissera ofrece una descripción codicológica (págs. 25-26); se trata de una copia, pues el texto original, como tantas veces ocurre en la Edad Media, se ha perdido en la

noche de los tiempos. El registro más antiguo de este manuscrito se localiza en el inventario de la biblioteca del primer conde de Oropesa, el hijo póstumo de Fernán Álvarez de Toledo y Herrera –que fue el dedicatario de la traducción–, datado en 1504.

En cuanto al *modus traducendi* de Talavera, el futuro confesor y consejero de Isabel la Católica prescindió de las perífrasis y las glosas: «Algunos términos no rescibieron interpetración por el defecto d'ella: reputé mejor en el margen postularlos, que con circunloquios y rodeos, que apenas bastarán a significar el concepto, multiplicar en cartas» (pág. 40). Optó el joven estudiante salmantino por latinizar el castellano, valiéndose de algunas anotaciones marginales, lo que le permitió integrar en la lengua vulgar muchos neologismos; en su traducción mantuvo las rúbricas, ajenas a la mano de Petrarca, que encontró en el modelo subyacente, pero las retocó un tanto, por lo que reconoció en las palabras preliminares. Tales rúbricas, como es natural, son respetadas en la edición del texto, pero también se mantienen otros titulillos que es imposible determinar si pertenecen o no a la mano de Talavera, según admite Baldissera (como el que abre la obra: «Comiença el libro primero de las reprehiones y denuestos que Francisco Petrarca laureado compuso contra un médico rudo y parlero, que, como adelante dize, curava del papa Clemente»).

El manuscrito contiene la particularidad de que «se trata de una de las primeras manifestaciones castellanas de la explícita voluntad de puntuar un texto» (pág. 27), aspecto que el propio Talavera señaló cuando le sugirió al dedicatario «que mire con atención las pausas y señales de distinción de que escriviéndolo usé, porque no ayudan poco a entender lo que compendiosamente por interposiciones, suspensiones o interrogaciones es dicho» (pág. 40). A la luz de los análisis sobre los autógrafos e idiógrafos (copias ajenas pero supervisadas) de Petrarca, Baldissera se pregunta si acaso el modelo subyacente ya contenía una disposición similar y repara en que no puede descartarse que ya tuviese elementos de puntuación, pero tampoco excluye «la influencia de la lectura de alguna *Ars punctandi*, de las que circulaban allá en el siglo XV» (pág. 30).

Como se ha dicho, el manuscrito acoge numerosas glosas marginales, que suponen normalmente una definición de cierto vocablo que podría resultar anómalo (o que sea oscuro en su significado), aunque a veces se pretende ofrecer un contexto cultural apropiado para que se comprenda cierto concepto o expresión («*día crético*: Día crédito llaman los médicos aquel en que parece alguna señal buena o mala de la disposición de la enfermedad», pág. 113; «*Avenrois*: Avenrois fue un moro filósofo, en las cosas de la sacta fe cristiana muy desvariado y aun en la filosofía, como sancto Tomás prueba en algunos tractados que contra sus enemigos compuso», pág. 114). Que muchas de esas glosas son de Talavera no hay duda ninguna, pues él mismo lo declaró en la cita ya extractada, pero por su naturaleza –Talavera nunca se refiere a sí mismo en tercera persona– otras pertenecen seguro a la tradición amanuense («*Pero... suplico*: Demanda que su trabajo sea recebido poniendo congrua comparación»); esto confirma que se trata de una copia «bien hecha, pero copia a fin de cuentas» (pág. 32).

De los cuatro libros en que se divide el breve tratado, Pedro Cátedra ofreció en 1978 una edición de los libros I y III en las *Obras* de Petrarca que dirigió Francisco Rico. El texto íntegro fue preparado en el año 2000 por Isabella Scoma, pero se trata de una edición que contenía errores de transcripción, se presentaba con una puntuación descuidada en ciertos pasajes, carecía de una reflexión ecdótica sobre los problemas textuales, no aportaba un análisis sobre el comportamiento del traductor y, finalmente, el aparato crítico que fijó era lagunoso. En un artículo previo sobre esta obra, Baldissera, amén de señalar estas deficiencias, marcó las directrices filológicas y textuales que debían prevalecer en su recuperación; señaló al final que «[s]i tratta di un testo che merita dunque un pronto riscatto ecdotico, anche per il ruolo che gli spetta sia nell'Umanesimo castigliano, sia nell'ambito del petrarchismo in Spagna»¹; en una nota preliminar de ese trabajo anunció que se estaba ocupando de la edición crítica del texto, con lo que el proyecto ahora presentado supone la culminación de ese desiderátum.

En ese artículo que sirvió como avanzadilla de esta edición, Baldissera cotejó este texto con la edición crítica de Pier Giorgio Ricci (1950), establecida según un número reducido de testimonios. La que siguió de Francesco Bausi, publicada en 2005, se funda en la colación y el análisis de 36 testimonios de los 41 conocidos y supera ampliamente la anterior; tras su estudio, Bausi diferenció tres grandes estadios: la versión primitiva (un bosquejo de la obra), una versión primera de la obra completa y la redacción final. Entre los dos últimos percibió que algunos manuscritos se remontaban a fases intermedias, por lo que postuló un conjunto de eslabones. Aunque Bausi no recogió todas las variantes de la tradición en el aparato crítico, por los datos aportados Baldissera ha podido concretar «que el modelo de Talavera» pertenecía al segundo estadio y contiene lecturas de la redacción última (pág. 18).

En su abundante y eruditísimo ejercicio de anotación (digno de una profunda formación filológica, en la que las explicaciones lingüísticas van de la mano de los problemas de transmisión textual), Baldissera ha detectado cómo el modelo subyacente contenía, según es natural, errores y lecciones propias que acabaron proyectadas sobre el texto de Talavera. Por tanto, algunos de los que podrían entenderse como errores de traducción no son más que variantes, mientras que otros casos que son deslices de copia pueden enmendarse de manera fiable a partir del texto latino. Baldissera ofrece el texto crítico completo, «reconstruido también gracias a las apor-

¹ Andrea Baldissera, «Petrarca ispanizzato: le *Invectivas o reprehensiones contra el médico* di Hernando de Talavera», *Revista de Poética Medieval*, 18, 2007, págs. 53-73 (la cita en la pág. 72).

taciones que la tradición latina puede ofrecer». Solo el cotejo minucioso con el modelo subyacente permite distinguir la labor del traductor (que es «bastante fiel y respetuoso») de la del copista, cuyas «intervenciones activas [...] a menudo trivializan el texto» (pág. 32).

En cuanto a los criterios de transcripción, Baldissera detalla escrupulosamente aquellos de carácter gramático y fonológico; por otro lado, allí donde se ha perdido algún elemento textual y no es posible ofrecer una enmienda, el editor ha optado por una solución pragmática que completa su sentido y no adultera el texto: introducir la lectura del original latino entre corchetes. Tras el texto crítico, Baldissera ha editado las glosas y ha señalado con «asterisco inicial las que parecen indudablemente de mano de lectores» (pág. 111); finalmente se incluyen los dos aparatos; el primero es el reflejo de las lecciones erróneas que se han excluido; el segundo constituye la anotación filológica al texto y a las propias glosas.

En este segundo cuerpo de notas, que ocupa más de la mitad del propio texto de Petrarca, se adivina la rica formación del editor, que proviene en parte de grandes romanistas de la Filología italiana como Giovanni Caravaggi o Alfonso D'Agostino; muchas de las llamadas son de tipo lingüístico (evoluciones fonológicas, relaciones sintácticas, aclaraciones léxicas), pero tantas otras guardan relación, como no podía ser de otro modo, con los problemas de la traducción: posibles malas lecturas, variantes, errores de transmisión, etc. En unos y otros casos el texto crítico latino continuamente está presente. Algunas notas, no obstante, son de naturaleza cultural y están encaminadas a aclarar referencias (históricas, mitológicas) incluidas en el texto.

Sin *invektivas*, sino todo lo contrario, con aplauso y elogio, damos la bienvenida a esta nueva edición de un texto de Petrarca, uno de los más desatendidos por la crítica, a tenor de la escasa bibliografía que se recoge en el portal «Biblioteca Petrarca» (<http://bibliotecapetrarca.net/informacion/biblioteca-petrarca>). El texto ha aparecido en la colección «*Cauterio Suave*» (que fundó y dirigió con su sabiduría y magisterio Giuseppe Mazzocchi), donde aparecieron otras traducciones medievales, como el *De Vita Felici* de Juan de Lucena (al cuidado de Perotti) o la *Epístola al Gran Turco* de Piccolomini (editada conjuntamente por Baldissera, Bresadola y Mazzocchi). Precisamente los editores mencionados en estas últimas líneas publicaron un extraordinario trabajo sobre la traducción del *De vita solitaria* de Petrarca que hizo el Licenciado Peña y se imprimió a mediados del siglo XVI². De esta obra existe un romanceamiento medieval, que solo ha sido editado parcialmente, mientras que la versión que apareció en el Quinientos todavía espera edición fiable; confiemos en que el anuncio de edición en 2006 del *De vita solitaria* muy pronto –sin Mazzocchi, pero por él y para él– pueda enriquecer el conocimiento sobre la difusión de Petrarca en la Península Ibérica.

David González Ramírez
Universidad de Jaén

² G. Mazzocchi, O. Perotti, A. Baldissera y A. Bresadola, «Sulla traduzione del *De vita solitaria* del Licenciado Peña (Medina del Campo, 1553)», en L. Secchi Tarugi (ed.), *Francesco Petrarca. L'opera latina: tradizione e fortuna*, Florencia, Cesati, 2006, págs. 419-460.